

¡Más sociabilidad!



RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo III

[VIDA NUEVA. - Año I, n.º 25
- Madrid, 27 noviembre 1898]

¡MÁS SOCIABILIDAD!

Gran parte del público empieza á cansarse de la epidemia regeneradora y del chaparrón de escritos y consultas á que ha dado lugar. A pesar de ello ha sido el tal chaparrón convenientísimo. Y ¡qué he de decir yo que también he llovido en él! Por inútil que haya podido ser algunas veces y por mucha agua que se haya escurrido en la pendiente, alguna quedará. Es muy frecuente oír lo de «menos palabras y más hechos», resultando luego que los más de los que así hablan llaman hechos á palabras más ó menos disfrazadas. En realidad toda palabra es un acto. No imitemos á aquel humorista inglés que al escribir llamaba silencio.

Hay en el conjunto de cuanto á propósito de nuestro estado se ha dicho, un fondo común, creo que exagerado por causa de perspectiva, debido á que las más de esas opiniones han brotado de intelectuales que viven más en el mundo de las apariencias históricas que en el de las realidades intrahistóricas, y para quienes la gloria y la cultura significan más que la paz y la felicidad íntima. Pero hay á la vez divergencias entre esas variadas opiniones, sobre todo por lo que á los remedios del mal respecta, divergencias que pueden reducirse á dos corrientes principales.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

Culpan los unos del mal, ante todo á los directores de nuestra política, á las corruptelas del Gobierno, á la perversión del régimen, á la forma de organización nacional; mientras otros acusan de preferencia á vicios del carácter español mismo, á condiciones ingénitas ó adquiridas de la raza, á defectos del pueblo, poniendo la raíz del daño en la masa social española. Para los unos la materia prima es excelente, el pueblo español de los que más energías y potencias disponibles atesora, siendo los culpables de todo los malos Gobiernos; para los otros todos matamos á Meco. Hombres nuevos piden aquéllos y éstos pueblo nuevo. Claro está que ni los unos ignoran que los directores salen de los dirigidos y que los Gobiernos brotan siempre, directa ó indirectamente, del pueblo; ni se les oculta á los otros que de los vicios del pueblo tienen no poca culpa los que le dirigen. Todo ésto es de clavo pasado.

La divergencia es la de siempre, la perdurable, la que aparece, en una ú otra forma, en el seno de casi todas las cuestiones. Es, en lo más hondo, la vieja cuestión que se debatió entre nominalistas y realistas, es la misma que se encuentra en las raíces de la disputa entre individualistas y socialistas.

Ponen unos la causa en la masa que ha de organizarse, en cada uno de sus individuos y el efecto en la organización de ella, en el conjunto.

Sería cuento de nunca acabar y asunto no ya de todo un tratado de Sociología, sino de Filosofía general el de mostrar la acción y reacción mutua entre uno y otro elemento, y el de presentar debidamente la reciprocidad entre el todo y sus partes ó entre las componentes ó la resultante. ¿Suman las partes el todo ó se divide en partes éste? Esta pregunta, formulada así, es hasta grotesca, y recuerda las viejas disputas escolásticas entre los que hacían consistir las cosas ya en la consistidura, ya en el consistimiento ó ya en la consistencia. Y sin embargo, bajo eso que se llama disputas verbales latén mundos enteros. Sin la obra secular de esas logomaquias fecundísimas habría sido estéril la labor de todos los laboratorios. Hay que repetir á los pincha-ranas que «en el principio fué la palabra». El ojo interior con que ven lo que ven lo han heredado de aquellos nobles sofistas. Piensan con palabras manipulando hechos.





Las dos corrientes que señalaba, al parecer antitéticas, cabe reducirlas á síntesis. El socialismo mismo, no es más que la última expresión, la más pura y elevada del individualismo. Bien lo vió Marx, que bebió su ciencia en la sublime fuente de Hegel, el gran fecundador de tantas ciencias.

Cada uno de los individuos determina por su parte á la colectividad, de cuya integración surge una á modo de alma colectiva que refluye sobre los individuos componentes mismos, que así modificados vuelven á obrar sobre el conjunto y sobre ellos á su vez éste en inacabable proceso de mutualidad. El individuo socializado individualiza á la sociedad que por su parte socializa á aquél.

La vida del organismo todo, la de sus más ocultas celdillas, se refleja de un modo ó de otro en el sistema general nervioso; de toda nuestra máquina se alzan ecos que constituyen la sensibilidad general, lo que en Psicología se llama *cenestesia*, cuya modalidad individual (temperamento) es acaso la base del carácter personal. Y todos esos ecos sirven como de fondo tónico á las impresiones que del ambiente recibimos — del ambiente exterior tanto como del interior — impresiones que integrándose dan como resultante la conciencia. En el riquísimo fondo de lo subconsciente, en el ameno campo de las impresiones que no transponen el umbral de la conciencia es donde tiene éste sus raíces como el árbol bajo tierra.



¡más sociabilidad! - 4.



De la difusa vida de un pueblo surgen también obscuras acciones que forman la *cenestesia* nacional, base de la conciencia colectiva ó social, representada como en cerebro por las clases directoras y gobernantes. Y así como en el organismo humano también en el social es la acción mutua.

Mas hay que tener en cuenta que en todo organismo perfecto la unidad suprema, la de la conciencia, es mediata y resultante de otras unidades inferiores á ella antes que ser un foco unificador. Es las dos cosas.

Y dejándome ya de metáforas, casi siempre peligrosas, para entrar por camino llano, hay que reconocer que tiene el carácter español no poco de anárquico, de indisciplinado individualismo. El español ha sido siempre poco social. Podría repetir aquí mucho de lo que hace tres años escribí al estudiar el casticismo castellano, pero vale más ahorrarlo.

Como todo carácter rudamente independiente, que se aísla y arma contra el ambiente social, el español clásico — el castellano — fué impositivo y dominante. A la anarquía interior responde la tiranía exterior. Donde los individuos se repelen y aíslan, la autoridad tiene que ser recia. Hay que



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S USAL.ES

1.5.2/93

¡ más sociabilidad! - 5



vencer con una férrea envoltura la fuerza repulsiva de los componentes de la masa; un gas exige recipiente cerrado, y cuanto más expansivo aquél, más duro y más cerrado éste.

De aquí ha provenído ese exceso de autoridad central que tendía á unificar á la fuerza y desde arriba, y de aquí todas las violencias asimiladoras. En vez de esperar la modificación de ese adusto individualismo de su mismo proceso y juego, se quería forzarlo, lográndose así tan sólo que se enconase y agravase por reacción. De tal modo se llegó al régimen de la licencia fundamental bajo una severa disciplina formal, y así pereció no poca vida espiritual íntima, ahogada en germen.

Es inútil querer forzar las cosas. No hay más unidad fecunda y de veras viva que la que surge de la integración de lo diferenciado, la que va de abajo arriba, como no hay más canto perfecto que el que brota de la armónica sinfonía de la variedad de notas. No estamos para el caramillo del pastor, por triste que ésto sea, y para mí lo es mucho, pues apenas me seduce el progreso, al que tengo casi por un mal necesario.

Fúndase la integración en el fondo común de que lo diferenciado arranca, es un reflejo elevado de la primitiva homogeneidad de donde las diferencias partieron. Todo lo que no sea fomentarlo es ir al caos encerrado en un quiste macizo que al cabo estalla, á un horrible desconcierto de música ratonera que se resume en la desesperante monotonía de una cencerrada. Nada más pesado que una ardilla dando vueltas y revueltas en una jaula.

Y toda integración fecunda ha de arrancar de los mismos elementos que se integran; ninguna sociedad se mantiene estable si no es sobre la sociabilidad de sus miembros. Y en España, hay que confesarlo, estamos pobrísimos de espíritu asociativo. En las distintas manifestaciones de la vida pública cada cual se aísla á trabajar por su cuenta, cuando trabaja, sin sus compañeros ó contra ellos. ¿Con qué asociaciones florecientes contamos, sean mercantiles, agrícolas, industriales, científicas, literarias, artísticas, deportativas, estudiantiles, culinarias ó de cualquier otro orden? ¿Para cuántas cosas se asocia aquí la gente espontáneamente?



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES

15.2/93



Hay que descontar, claro está, las asociaciones oficiales, de Real orden, las incubadas desde arriba; son asociaciones de estufa. O se mantienen por dietas y vanidad, como las Academias, ó son peldaño para hacer carrera, ó sirven, como no pocas cámaras agrícolas, de unidad electoral.

Da pena. Aquí las asociaciones ó son puramente nominales y languidecen, ó se convierten en estrechos y cerrados cotarros, en verdaderas logias, en conventículos de secta, reflejo de los individuos que las forman. Apenas conozco asociaciones vivas y de espíritu amplio. Hay las que se reducen á funerarias ó á sociedades de seguros mutuos; su vida no es vida sino mecanismo oficinesco.

Los que aquí trabajan lo hacen aislados y por su cuenta, llenos no pocas veces de recelo hacia los de su misma profesión. El que no vive así se disipa en lo que llaman sociedad, en un trato superficial y frívolo, acabando, si es literato, en parásito adorno de los salones. La señora duquesa de la Espuma exhibe en sus salones, entre otros preciosos cachivaches, al eminente escritor Fulanez. Hay quien se encanalla así. Todo menos sufrir á iguales, á los que no han de resignarse á oír y admirar. ¡Cuesta tanto ser solo!

En otros países todo el que lleva algún tiempo escribiendo con mediano éxito y goza de firma algo prestigiosa, recibe de continuo cartas de gentes que le felicitan ó le reprochan, apoyan sus doctrinas ó se las refutan. Aquí es ésto tan raro que cualquier escritor recuerda uno por uno estos casos de corresponsales espontáneos, descontando á los estúpidos que se dirigen bajo anónimo ó pseudónimo. Por mi parte puedo decir que casi todas las relaciones que he adquirido así son de catalanes, á quienes nunca estaré lo bastante agradecido. Los cuento entre mis mejores amigos y me resultan los más sociables.



1.5-2/93

¡Muy sociabilidad! - 7



Un amigo mio, hombre discretísimo y de excelente ingenio, se mostraba muy satisfecho de una carta con que le contestó Spencer á otra suya en que le hacía ciertas observaciones. En cambio no obtuvo respuesta alguna de cierto empingorotado escritor español, á quien con la mayor corrección y hasta con sincero afecto le puso los puntos sobre las íes, á propósito de cierto escrito. Y cualquier día va á dirigir un investigador español un interrogatorio circular á tales ó cuales personas sobre algún punto especial. No faltaría quien hiciese algo como lo de cierto alcalde de esta provincia de Salamanca que llenando una hoja estadística dijo al secretario al llegar á la casilla de clima: «clima?... ¿clima?... pón *ninguno*, no sea que nos suban la contribución. Y el caso es que en el fondo tenía razón el alcalde.

No hace mucho he leído en la *Revista contemporánea* un artículo que me gustó mucho por su sentido íntimo, un trabajo acerca del sabor de la vida de doña Blanca de los Ríos. Como el fondo ético de aquel relato concordaba con mis más arraigados sentimientos, fué mi primer impulso escribir á esa señora felicitándola por él, como ahora lo hago. Pero en seguida se me enfrió el arranque. ¿Quién hace aquí eso? Hasta hay quien cree que puede ser comprometido manifestar así un espontáneo aplauso. Lo cauto es reservarse.

Un eminente observador, Palacio Valdés, ha hecho notar la expresión de mutua desconfianza y de cautelosa reserva que se dibuja en la expresión de los rostros de la gente que pasea por Madrid.

Somos un pueblo poco sociable. Da envidia leer cómo se asocian en otros países para miles de objetos, muchos ridículos á nuestros ojos. El inglés es individualista si los hay, hasta la grosería, que es su característica nacional. Se encastilla en su *home* tanto ó más que nosotros en nuestra vida privada. Y sin embargo, posee un vigoroso espíritu de asociación, basado en su propio individualismo. Se ha dicho que la bicicleta es el medio de locomoción más individualista, y aun cuando haya que quitar de ésto mucho hierro, porque lo más individualista, por lo menos á la española, es andar solo, descalzo, á pie y por donde no hay caminos, el caso es que los ciclistas son de los que más se unen y forman clubs y sociedades.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS USAL ES

4.5.3/93

Que me cuenten, pues, de aquí en adelante como socio de toda sociedad en que no haya que pagar cuota, pero ante todo deseo corregirme en la fuente del mal, en el poco instinto de sociabilidad. Quisiera tener de hoy más resolución para dirigirme en cualquier caso al primero que me haga gracia sin que nadie me presente á él y sin aguardar coyunturas de la suerte y formar desde luego sociedad con él, con reglamento y toda la pesca. Y creo que debían obligarnos á los españoles á pasar media vida viajando, porque es en los viajes donde heben muchos de la misma bota. Pero á viajar en tercera, porque en primera se va adoptando cara de viaje, ó de perro, que es lo que viste. No tenemos más que la apariencia de la sociabilidad, una fraqueza campechana de pura forma.

MIGUEL DE UNAMUNO.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO SUSALES